

LAWRENCE S. CUNNINGHAM

# *El catolicismo*

*Una introducción*



**Akal / Universitaria / 350**

Lawrence S. Cunningham

# **El catolicismo**

**Una introducción**

*Traducción:* Sandra Chaparro Martínez

Diseño de portada  
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original  
*An Introduction to Catholicism*

© Lawrence S. Cunningham, 2009

© Ediciones Akal, S. A., 2014  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-3990-7

## Prefacio

Cuando los editores de Cambridge University Press me pidieron que contribuyera con un volumen sobre el catolicismo romano a una colección sobre las tradiciones religiosas cristianas, me sentí sumamente honrado y acepté encantado. Tras trabajar en el libro durante algún tiempo, me di cuenta, no sin pesar, de que era una tarea bastante más complicada de lo que había imaginado en un principio. No es nada fácil escribir sobre el catolicismo, su historia, su(s) práctica(s) y creencias, en el marco de un único volumen que sea manejable, sobre todo cuando no se quiere convertir el libro en una deprimente letanía de personas e ideas o en un catálogo de prácticas piadosas, costumbres o movimientos. Pensemos en un término tan común como «Vaticano», ubicuo en el catolicismo romano. El Vaticano es un lugar concreto en Roma cuya historia se remonta a los tiempos anteriores al cristianismo. Es la sede de la mayor basílica del mundo, construida sobre la supuesta tumba de san Pedro, y su historia se remonta al siglo IV. Además, ha sido la residencia de los papas desde la Baja Edad Media. Pero, geografía al margen, también designa al cuerpo administrativo que asiste al papa (por ejemplo, cuando decimos: «El Vaticano afirmó ayer...»), así como a ciertos cargos a los que se suele identificar erróneamente con la Ciudad-Estado del Vaticano, un Estado soberano fundado en 1929 por medio de un tratado internacional, denominado Tratado de Letrán, tras largas negociaciones con el Estado italiano.

El significado polivalente de la palabra «Vaticano» solo es un ejemplo de entre toda una serie de términos e imágenes que cuentan con una larga historia acumulada de significados, matices y depuraciones. Si algún católico o católica del siglo IV pudiera volver a la vida y entrar en una iglesia católica de hoy o leer nuestros catecismos, reconocería muchas cosas y otras no. Le extrañaría que sus correligionarios honraran siete sacramentos, consideraran infalible al papa, recitaran una serie de oraciones con ayuda de un rosario y solo permitieran ejercer el sacerdocio a los solteros. Palabras como «cardenal», «transustanciación», «encíclica papal», etc., carecerían de sentido para él/ella. Lo cierto es que a muchos católicos de hoy, poco familiarizados con la

historia de su Tradición, les admiraría el asombro de su correligionario del siglo IV.

Sin embargo, estos ancestros religiosos nuestros se sentirían a gusto con la idea de que el obispo o sacerdote presidiera la liturgia, reconocerían las lecturas de las Escrituras, entenderían que la ofrenda de pan y vino es un símbolo de la presencia real de Cristo y sabrían que los sacerdotes se convierten en tales por medio de la imposición de manos. Sabrían que para comulgar hay que estar bautizado, probablemente conocerían los diferentes elementos de los que consta el credo y reconocerían su formulación general.

Uno de los propósitos de este libro es explicar cómo han evolucionado las creencias y prácticas católicas a lo largo de los siglos. No es una historia del catolicismo, pero la historia desempeñará un importante papel en mi descripción del núcleo esencial de unas creencias y prácticas que implican tanto lealtad a ciertos elementos esenciales (lo que denominamos la Tradición apostólica) como la necesidad de buscar una comprensión más profunda de lo que es la tradición y la forma en que hay que vivirla. De manera que el presente volumen no versa sobre teología teórica, pero tampoco es historia pura. Intento fundir ambos aspectos para explicar el culto, las devociones populares y, por supuesto, la forma en que los católicos entienden la moral personal y social.

Reflexioné bastante y decidí no analizar los temas teológicos, sobre todo los más controvertidos, en excesiva profundidad. No es que me sean indiferentes; después de todo me gana la vida estudiando estas cuestiones. Puedo explicar fácilmente mi decisión: las doctrinas teológicas fundamentales tienen una historia tan larga y complicada que no es fácil describirlas sin infinitas cualificaciones, definiciones y salvedades. Todo el mundo entiende que Dios nos dispensa Su favor, pero la forma en que se debe entender teóricamente ese favor bajo el nombre de «Gracia» ha sido objeto de voluminosos libros y de muchos y agrios debates. Que Dios nos salva a través de Jesucristo es una de las verdades esenciales del cristianismo, pero la dinámica de salvación en sí requeriría una monografía propia. Lo que he hecho ha sido explicar esas creencias, a ser posible, sin rastrear su justificación o su historia.

También me parecía importante hablar de la piedad popular y de los usos comunes de la tradición católica que forman parte de la percepción pública de la Iglesia. Por ejemplo, los católicos rezan el rosario y peregrinan hacia ciertos altares. Estas prácticas no constituyen la esencia del catolicismo pero, cuando se las comprende correctamente, arrojan cierta luz sobre la experiencia del católico. Son tradiciones, aunque no formen parte de la Tradición.

Para dotar al conjunto de algún orden, he dividido el libro en 11 temas. Puede que parezca una cifra algo absurda, pero mis años como docente me han enseñado que cada semestre consta de 11 semanas (al menos a este lado del Atlántico) lectivas a las que se suman las dedicadas a exámenes y la semana de vacaciones. Este libro no está pensado para mis colegas especialistas, sino para lectores interesados y razonablemente competentes. De ahí que haya pocas notas a pie de página y que se añada una lista de lecturas recomendadas, tras cada capítulo, para guiar a los lectores más curiosos. El breve capítulo XII es en realidad una bibliografía. Debo reconocer que la mayor parte de los libros citados fueron escritos en lengua inglesa. Cada capítulo contiene asimismo recuadros con pequeñas propuestas sobre cuestiones concretas a las que solo se alude tangencialmente en el texto pero que cabe analizar en mayor profundidad. El lector también encontrará recuadros sobre un fondo de color diferente que me han permitido descargar el texto principal de un exceso de información fáctica.

## Agradecimientos

Este libro se ha beneficiado directa e indirectamente del saber de muchas personas. Gran parte de lo que aparece en sus páginas fue dicho en las aulas a lo largo de los últimos 30 años. Como temo olvidar algún nombre, quisiera expresar mi gratitud a mis colegas del Departamento de Teología de la Universidad de Notre Dame en su conjunto, tanto por su ayuda en mis tareas de investigación, como por constituir una comunidad de trabajo tan cálida. Debo mencionar especialmente a mi vecino de despacho, Cyril O'Reagan, así como al decano, John Cavadini.

El tiempo que pasé en el Spring College de Mobile, Alabama, en Saint John's University de Collegeville, Minnesota, y en el Saint Elizabeth College de Covent Station, Nueva Jersey, fue muy instructivo. Durante esas estancias cortas, aprendí mucho sobre la diversidad interna del catolicismo. Las comunidades monásticas cistercienses de la abadía de Getsemaní y Santa Rita me depararon la tranquilidad y el ocio necesarios para reflexionar; mi agradecimiento a los superiores de estas casas, Dom Damien Thompson y Miriam Pollard. Quisiera mencionar asimismo a mi esposa Cecilia y a mis dos hijas, Sarah Mary y Julia Clare, por depararme una vida tan maravillosa e interesarse con todo cariño por la marcha del libro. Por último, muchas gracias a Kate Brett, de Cambridge University Press, por aceptarme como autor y por su gran paciencia mientras completaba el presente volumen.

Quisiera dedicar esta obra a todos mis estudiantes de la universidad, pasados, presentes y futuros, que estudian y rezan a la sombra de Notre Dame.

# I. Los múltiples significados del catolicismo

## Introducción

Mucha gente suele creer que la palabra «catolicismo» es una denominación que sirve para diferenciarlo, en el ámbito del cristianismo, de otras ramas como el «protestantismo» o la «ortodoxia». Se sabe, por ejemplo, que los católicos rezan el rosario, veneran al papa, van a misa los domingos y que sus sacerdotes son célibes. Se supone que son estos rasgos, entre otros, los que distinguen al catolicismo del protestantismo. También se dice que los católicos tienen un origen étnico concreto: los irlandeses son católicos mientras que los escoceses son presbiterianos; los italianos son católicos y los noruegos, luteranos. En ciertos lugares se asocia a los católicos a una clase social determinada. Hace un siglo, en los Estados Unidos, los católicos eran casi exclusivamente de clase trabajadora y los protestantes conformaban la clase empresarial. Lo mismo ocurría en Inglaterra hasta hace muy poco. Aunque estos y otros estereotipos formen parte de la cultura popular, no dejan de ser estereotipos. Son diferencias que tienden a separar a personas unidas por su educación religiosa: ser irlandés es ser católico. Esta tendencia a entender la confesión religiosa como categoría sociológica no es privativa del catolicismo, la comparten la mayoría de las tradiciones religiosas. Pertenecer a una religión u otra depende mucho del lugar donde se reside y de cómo se percibe uno a sí mismo en el seno de la cultura en su conjunto.

De manera que, en sentido general, podemos decir que el catolicismo es una confesión cristiana entre otras, con su cultura distintiva y un carácter propio, que a veces depende de la tradición religiosa de los antepasados o el lugar de residencia. Si no hilamos demasiado fino, podemos decir que el catolicismo es una agrupación social identificable. Sin embargo, en este libro no queremos hablar del catolicismo en tanto que grupo sociológico aunque, por supuesto, dedicaremos atención a sus manifestaciones sociales en el mundo, sin olvidar su carácter cultural. El presente volumen no ofrece una descripción social del catolicismo, sino más bien de las creencias y prácticas que le son pro-



pías. Puesto que el autor es miembro de la Iglesia católica, se trata de una visión «desde dentro».

Quisiera señalar de pasada (aunque volveremos sobre ello en este capítulo) que en el seno del catolicismo existe más de una tradición (hay católicos romanos y bizantinos, por ejemplo, y todos forman parte de la Iglesia católica). No debemos olvidar que términos como «católico», «protestante» u «ortodoxo» son abstracciones. Los presbiterianos no son luteranos y la ortodoxia rusa no es igual a la griega.

Lo más difícil de este capítulo no es ver más allá de ese fenómeno increíblemente complejo que es el catolicismo, ni describir todos los elementos que componen su estructura, su sistema de creencias, o su culto (temas de los que trataremos más adelante), sino dar respuesta a una pregunta mucho más fundamental: ¿Qué significa histórica, sociológica y teológicamente la palabra «católico»?

Para responder a esta cuestión, debemos averiguar en qué sentido se utilizaba en el vocabulario cristiano primitivo, cómo ha ido evolucionando a lo largo de la historia del cristianismo y qué significado se le da en el seno de la Iglesia que se autodenomina «católica». No es una tarea tan sencilla como pudiera parecer a primera vista porque muchas personas, que no se sienten católicas, afirman que la Iglesia es católica cuando recitan el credo histórico y dicen creer en «la Iglesia que es una, apostólica y romana».

Solo tras un breve análisis histórico podremos definir los rasgos esenciales que atribuyen los católicos al catolicismo. De modo que en el presente capítulo hablaremos de la evolución de la palabra «católico» y del significado que adquiere en el seno de la tradición y la teología católicas. Después podremos reflexionar sobre la evolución de sus creencias y prácticas. Solo en ese contexto podremos entender plenamente el significado de aquellas partes del credo en las que se afirma que creemos en «la Iglesia que es una, apostólica y romana». Analizaremos asimismo cómo entienden esta afirmación quienes se consideran católicos.

Deberíamos decir, desde el principio, que lo que sigue son aclaraciones realizadas *desde dentro* de la Tradición católica romana. Es una descripción muy simplificada que puede leerse de forma diferente desde otras perspectivas. Habrá quien no esté de acuerdo con lo que se afirma en este libro. Es una descripción

católica del catolicismo tradicional y no me disculpo por ello. Nadie sabe mejor que el autor que muchos (incluidos algunos católicos) no estarán de acuerdo con la idea de catolicismo que defendemos aquí. Pedimos tolerancia a los lectores con nuestra forma de entender el catolicismo aunque no compartan las premisas en las que nos basamos.

## Historia de una palabra

La palabra «católico» proviene de dos vocablos griegos, *kath holou*, que designan algo así como «la totalidad». Cuando utilizamos la palabra en un contexto no-religioso (por ejemplo, «sus gustos literarios son muy católicos») queremos decir «amplio» o «muy variado». En este sentido, lo contrario de católico es «pobre» o «limitado». En el Nuevo Testamento no aparece la palabra «católico» aunque, como veremos, ya se utilizaba en los primeros tiempos del cristianismo. Para entender el término debemos hacer unas observaciones preliminares sobre la difusión del cristianismo primitivo.

El término «iglesia» que se menciona en el Nuevo Testamento (y que usa san Pablo) proviene de la palabra griega *ekklesia* (la raíz etimológica de eclesiástico) que significa «asamblea», «comunidad» o «congregación». En los escritos de san Pablo, se hace referencia a los grupos primitivos de creyentes reunidos para el culto y el magisterio. La palabra *ekklesia* no designaba un edificio o estructura, sino a la comunidad misma. De hecho, Pablo distingue claramente entre la asamblea y su lugar de reunión en una frase del epílogo de su carta a los romanos en la que desea se salude de su parte a Prisca y Aquila así como a la iglesia (*ekklesia*) que se reúne en su casa (*oikos*). Hay que señalar que en esa misma sección de la carta Pablo no solo habla de la iglesia en singular, sino también en plural: «Saludaos con un beso santo. Todas las Iglesias de Cristo os envían saludos» (Rom 16, 16). De manera que, al igual que Pablo, podemos hablar de la asamblea y las asambleas cristianas.

En las primeras fases del cristianismo había una laxa red de pequeñas comunidades en diversas zonas del mundo mediterráneo, unidas entre sí gracias a apóstoles, evangelistas y otros misioneros que viajaban de una a otra. También contribuían a su

unidad las cartas que circulaban entre ellas, por ejemplo las de Pablo a los gálatas, corintios o filipenses. Así, al final de su carta a los corintios, Pablo habla de pasada de las Iglesias de Galacia (I Co 16,1) y las Iglesias de Asia (I Co 16, 19). De tener esta red un centro, este sería Jerusalén, el lugar donde transcurrió la vida de Cristo en este mundo y donde los apóstoles emprendieron su vida pública. El cristianismo se difundió desde Jerusalén pero, en un sentido estrictamente organizativo, Jerusalén tampoco era el centro de la cristiandad.

La palabra católico aparece en el contexto de esta amplia red de pequeñas comunidades cristianas. Se suele asumir que el primer cristiano que la usó fue un converso de nombre Ignatius (¿35-107?), líder de la Iglesia de Antioquía, aunque tal vez hubiera nacido en Siria. Condenado a muerte por el emperador Trajano, fue trasladado a Roma bajo custodia para perecer en la arena en torno al año 107. Ignatius vivió la etapa final de los apóstoles. Durante su viaje, escribió siete cartas a diversas Iglesias. En una dirigida a la comunidad de Esmirna (en la Turquía actual), afirma: «Allí donde está el obispo, está el pueblo, igual que donde Cristo está presente, está la Iglesia católica». En este pasaje, obviamente, «católico» significa toda la Iglesia, no una congregación concreta. En definitiva, Ignatius pensaba en todo el cuerpo de la cristiandad, no en una comunidad concreta que formara parte de ese todo. De manera que, en un principio, «católico» designaba el todo (el cuerpo de los creyentes cristianos) por contraposición a una u otra comunidad de cristianos. No era un sustantivo sino un adjetivo utilizado para describir a la totalidad del cuerpo de creyentes como algo distinto a su encarnación concreta en un lugar específico.

A finales del siglo II, la palabra «católico» pasó a designar el testimonio y el magisterio de la totalidad, o Iglesia «católica», frente a las exigencias de los grupos disidentes. Este nuevo uso del que se dotó a la palabra añadió algo a la noción de catolicidad. En este sentido la utiliza Ireneo de Lyon (¿130-200?) en Francia. Ireneo procedía de Asia Menor, probablemente de Esmirna pero, tras haber estudiado y trabajado en Roma, fue a vivir a la ciudad de Lyon en la Francia actual. Fue ordenado sacerdote y se convirtió en obispo de esa ciudad en torno al año 178. En una famosa obra escrita para refutar a aquellos que sostenían ideas erróneas sobre el cristianismo, daba por sentada la unidad

de la Iglesia cristiana que, según él, defendía una fe y un mensaje:

Aunque la Iglesia esté dispersa por el mundo entero, defiende su fe diligentemente, como si ocupara una única casa, cree, como si tuviera una mente única y predica las enseñanzas como si contara con una sola boca. Y aunque haya muchos dialectos en el mundo, la Tradición significa lo mismo en todo lugar. Pues se sostiene y difunde la misma fe a través de las Iglesias de Alemania, las Españas, las tribus celtas, el Este, Libia y las partes centrales del mundo. Al igual que el sol, la Creación de Dios es una y la misma en el mundo entero, de manera que la luz que propaga la predicación de la verdad, alumbra a todos aquellos que deseen conocer esa verdad (*Adversus haereses*, I.10, 1-2).

Debemos señalar dos cosas en relación al pasaje anterior. En primer lugar, Ireneo distingue claramente entre la Iglesia y las Iglesias. El adjetivo católico siempre hace referencia a la primera (a la Iglesia mundial). La Iglesia católica es aquella que custodia la verdad difundida por los apóstoles de Cristo.

Al utilizarla en este sentido, Ireneo amplía el alcance de la palabra «católico», que pasa a denominar a aquellos que defienden la auténtica fe de los apóstoles llamados a custodiar las enseñanzas de Jesús; un uso que adquiriría una gran popularidad. De manera que «católico» pasó a significar «ortodoxo», un vocablo que, a su vez, tiene dos posibles significados: 1) fe verdadera y/o 2) culto correcto. Así, «católico» y «ortodoxo» pasaron a designar a «la Iglesia en su conjunto» frente a las sectas cismáticas o heréticas que se atrevían a autodenominarse «cristianas». El obispo (y posterior mártir) del norte del África romana, Cipriano de Cartago (m. 258), utiliza a mediados del siglo III una metáfora para explicarlo:

Aunque la Iglesia es una, cada cual considera que su parte es el todo. Solo hay un sol, pero de él emanan muchos rayos de luz. Un árbol tiene muchas ramas, pero lo sostienen las raíces de su único tronco, y los riachuelos brotan de una única fuente aunque a veces la corriente sea difusa debido a la superabundancia de caudal que mana de esa fuente (*De unitate ecclesiae*, capítulo 5).

Así, a partir del siglo IV, la palabra «católica» pasó a significar Iglesia «verdadera» (a menudo denominada «Gran Iglesia») frente a los grupos cismáticos o heréticos.

Podemos hacer una interesante distinción entre los grupos cismáticos y la Iglesia católica con la ayuda del relato del martirio del sacerdote Pionio y sus compañeros durante el reinado del emperador Decio, en torno al año 250 d.C. Cuando llevaron a Pionio ante el tribunal, tuvo lugar el siguiente intercambio de palabras:

—¿Cómo te llamas?

—*Pionio.*

—¿Eres cristiano?

—*Sí.*

—¿A qué Iglesia perteneces?

—*A la Iglesia católica; Cristo no tiene otra.*

Lo que hace tan interesante esta conversación es que, cuando finalmente condenaron a muerte a Pionio, fue quemado en la estaca junto al seguidor de una secta cismática fundada por Marción, en Roma, a mediados del siglo II. Este texto demuestra que Pionio distinguía entre la Iglesia católica y otros movimientos sectarios del mundo de entonces<sup>1</sup>.

Encontramos la mejor expresión de la idea de que la catolicidad implica el consenso universal en torno a la fe en un famoso pasaje del siglo V, escrito por el monje-teólogo Vincent de Lerins (m. ca. 450), que decía lo siguiente:

Debemos tener cuidado en el seno de la Iglesia católica para no desviarnos de lo que ha creído todo el mundo en todo lugar. Solo esto es lo propiamente católico, como demuestran su fuerza y la etimología de su nombre, que indica que incluye todo lo que es realmente universal. Aplicaremos la regla general adecuadamente si respetamos los principios de universalidad, antigüedad y consenso (*Commonitorium*, capítulo 2).

Vincent prosigue afirmando que, cuando habla de universalidad, se refiere a la fe que la Iglesia profesa en el mundo entero. Antigüedad significa que la fe no debe estar en disonancia con las creencias profesadas por la Iglesia desde las épocas más antiguas, y consenso, que «adoptamos las definiciones y propuestas

de todos, o casi todos los doctores y obispos» (*Commonitorium*, capítulo 2). De modo que, para Vincent, el catolicismo implica la aceptación de todas las verdades universales difundidas por la autoridad apostólica tal como las percibe la cristiandad en su conjunto.

En las fases tempranas de la historia del cristianismo, catolicismo significaba, por lo tanto, dos cosas: 1) la unidad de las Iglesias locales y 2) una fe común profesada a través del culto, las creencias y otras formas de articulación de la tradición antigua. De manera que cuando los obispos se reunían en un concilio universal (ecuménico), expresaban su fe común y reafirmaban su unidad frente a los grupos de disidentes desunidos que no profesaban la fe «católica».

He aquí la definición de la palabra «católica» que ofrece san Cirilo de Jerusalén a los nuevos conversos bautizados a finales del siglo IV:

«Se denomina católica a la Iglesia porque se ha ido difundiendo por el mundo entero, de una punta a otra de la tierra; también porque enseña de forma universal y en su totalidad las doctrinas sobre lo visible y lo invisible, lo celeste y lo terreno, que los hombres han de conocer. Enseña el culto verdadero a toda la humanidad, a los gobernantes y los sabios, a los letrados y los analfabetos. Además se ocupa universalmente de perdonar cualquier forma de pecado cometido con el cuerpo o el alma y posee en sí misma toda virtud concebible que expresa en actos, palabras o dones espirituales de todo tipo (*Lecturas catequéticas*, n.º 18).

Por razones demasiado complejas como para describirlas aquí, la unidad general de la Gran Iglesia o Iglesia católica se rompió en la Edad Media cuando se separaron las Iglesias de Oriente y Occidente. A partir de ese momento, se adoptó la costumbre de describir algo confusamente a la Iglesia de Oriente como «ortodoxa» y a la cristiandad occidental como «católica», aunque cada una de ellas insistiría en que era la ortodoxa (la que defendía la verdadera fe y el culto auténtico) y católica (universal). Sin embargo, en el lenguaje coloquial, se utilizaba ortodoxo y católico para distinguir entre las Iglesias de Oriente y de Occidente. Aún hoy sigue siendo la distinción estándar.

En el siglo XVI surgió una nueva división en el seno de la Iglesia occidental, cuando muchos cristianos se separaron de la Iglesia

católica. Este cisma se conoce habitualmente como Reforma Protestante, término que describía en el lenguaje común a aquellos cuerpos de cristianos que se habían separado de la Iglesia católica en protesta por lo que consideraban desviaciones de las enseñanzas evangélicas. Desde entonces, se suele denominar a la Iglesia católica «Iglesia católica romana», puesto que la unidad del catolicismo depende del obispo de Roma, conocido como papa. Como tendremos ocasión de ver, el término «católico romano» puede inducir a engaño. Es mucho más correcto hablar de la Iglesia católica de Roma. Quien aludía con mayor frecuencia al término «católica romana» era la Iglesia de Inglaterra (los anglicanos) para diferenciarse, tanto de la Iglesia ortodoxa como de las Iglesias católico-romanas. Esta teoría de las «ramas» (es decir, una Iglesia católica con tres ramas, la anglicana, la ortodoxa y la católica romana) no ha sido del todo bien acogida, ni siquiera en el seno de la confesión anglicana.

En definitiva: el término católico cuenta con una larga historia, pero lo cierto es que aún hoy hablamos de católico, ortodoxo y protestante en términos genéricos para describir, de forma general, las tres grandes divisiones existentes en el seno de la cristiandad. A menos que se señale otra cosa, en este libro optamos por su significado más común y utilizamos «católico» de esta forma genérica (es decir, por contraposición a las Iglesias ortodoxas, protestantes o anglicanas).

## La forma en que entienden el catolicismo los católicos

Según el *Catecismo autorizado de la Iglesia católica* (n.º 830), sus elementos esenciales son tres: 1) la comunión total y completa en la fe preservada por la Tradición a partir de las enseñanzas de los apóstoles, 2) la comunión en una vida sacramental plena de culto y liturgia y 3) la ordenación de los obispos en sucesión apostólica, unidos entre sí y con el obispo de Roma (el papa). Vamos a aclarar estos tres elementos básicos:

- 1) La comunión total y completa en la fe implica la posesión y enseñanza de todo lo que Cristo nos ha dado, que, como consta en los testimonios bíblicos, se ha articulado en el magisterio ininterrumpido de la Iglesia y se expresa en sus cre-